

EL TESTAMENTO DE JEAN-PAUL SARTRE

ARNOLD JACOB WOLF

Arnold Jacob Wolf es co-editor de la Revista Sh'ma y asiduo contribuyente. Tomado de Sh'ma 12/231, abril 2, 1982.

Jean-Paul Sartre, el cerebro más brillante y de mayor alcance de su época, falleció con el corazón destrozado. Su desesperación final, contra la cual luchó valientemente mediante el estudio del judaísmo, comenzó mucho antes, durante la ocupación de Francia. Como sabemos ahora, debido a estudios recientes, la Francia de Vichy era un lugar terrible para una persona radical, o para cualquier ser humano como tal. La mayoría de los franceses habían apoyado el antisemitismo, la brutalidad pre-revolucionaria de Pétain y de quienes lo secundaban. Actuar como líder de la resistencia, destacándose como uno de sus principales propagandistas, no sólo significaba arriesgarse a la tortura y la muerte a manos de los nazis, sino también granjearse el odio por parte de los propios compatriotas. Sartre era un verdadero superviviente. Al igual que muchos judíos europeos, se fugó del azote y el veneno de una Francia corrompida tanto por la ocupación como por la colaboración en igual medida.

Asimismo, estaba desilusionado por "el Dios que falló". Aun cuando nunca fuera un stalinista, Sartre no obstante había depositado esperanzas pródigas en el gobierno revolucionario ruso. Fue un clásico compañero contemporáneo que no quería enemigos en la "izquierda", y por lo menos ocasionalmente ignoró el gulag y el látigo de un estado policíaco que reclamaba ser una preeminente democracia de la clase trabajadora. La utopía marxista estaba condenada a desilusionar a un hombre honesto, y Sartre caló correctamente en la mayoría de sus pretensiones desde el principio. Su "angst" existencial tal vez nunca fuera tan real para él como lo fue, por ejemplo, para Kirkegaard, pero reflejó claramente una temprana pérdida de fe en la revolución comunista. Sartre, ex comunista, nunca se convirtió en anti-comunista dogmático, pero apoyó cualquier amago de revolución dentro de la revolución. Sin embargo, el recuerdo de esperanzas perdidas debe de haberlo perseguido en su ancianidad.

Al mismo tiempo estaba desencantado de una carrera literaria y filosófica que a la mayoría de nosotros se nos antoja como nada menos que espectacular. Sabía lo que sabe cualquier escritor: el propósito de escribir es la producción de obras maestras. Dado que nunca terminó muchos de sus proyectos revisó su totalidad y dudó de la mayoría de los mismos, Sartre murió no realizado. Supo que no era "ni Shakespeare ni Hegel" y que la literatura universal le conferiría respeto, pero no el honor culminante, reservado para los genios. Novelista, filósofo, biógrafo y autobiógrafo, crítico social y vocero político, intentó demasiado y terminó

con demasiado poco para satisfacer sus propias exigencias, y así, inevitablemente, murió desilusionado.

Los miedos de Sartre

También quedó deshecho por el mundo de los años 80. Según revela en las grandes entrevistas con Benny Levy (en "Le Nouvel Observateur", marzo de 1980, traducido en "Telos" N° 44, verano de 1980, y en "Dissent", otoño de 1980). Sartre estaba aterrizado por la tendencia derechista de la mayoría de los gobiernos occidentales, por la invasión soviética de Afganistán y por la siempre creciente perspectiva de una guerra atómica en Europa. Cualesquiera hayan sido sus expectativas de la post-guerra, las mismas no pudieron haber sido más difíciles que los hechos efectivos que ocurrieron con posterioridad. Toda esperanza de un internacionalismo, de soluciones más civiles del conflicto, de progreso hacia un acuerdo mundial, fue aniquilada por la reiniciación de la guerra fría bajo los auspicios de intelectuales americanos y británicos, como de los militaristas rusos.

Sartre entendió que "la vida del hombre se manifiesta como un fracaso". La naturaleza misma de la mortalidad es la causa de que todas las cosas queden sin terminar. Aun enfermo, aun a los 75 años de edad, frágil, ciego (o casi ciego), Jean-Paul Sartre se aferraba a la vida, esperando vivir 5 ó 10 años más para trabajar. "El ojo nunca está satisfecho con lo que ve, ni el oído con lo que oye", y nunca encuentra su relato entero la historia de ser humano alguno. La muerte siempre llega como una intrusa; la amenaza del no-ser es real y decisiva en todo momento para todas las pretensiones humanas y cierra, finalmente, todas las puertas.

Esto, por supuesto, se debe a que como aprendió a comprender dolorosamente Sartre, nosotros no somos Dios. Nuestro deseo más profundo es ser auto-originados, auto-determinantes, omnipotentes. Pero en verdad no somos Dios (tal vez Sartre haya pensado alguna vez que ni Dios es), y en esta limitación se hallan contenidas las semillas de nuestra tragedia. Desde la náusea de su trabajo precoz hasta la resignación de su última entrevista, Sartre enseñó que "la esperanza siempre es defraudada". Inevitablemente, con certeza matemática, la vida del hombre resulta demasiado corta, demasiado llena de fracasos, demasiado pequeña, sencillamente porque después de todo no es más que hombre.

Sartre contendió con su pérdida de esperanza histórica mediante la dolorosa adquisición de otro tipo de esperanza. Reemplazó tanto el espanto existencial como la utopía marxista, con paciencia judía mesiánica. En la última entrevista con su amigo y asociado, el inverosímil "baal t'shuva" (retornante al judaísmo) Benny Levy (con anterioridad Pierre Victor), declara su descubrimiento de que "la idea mesiánica es la base de la idea revolucionaria". Durante muchos de los meses que precedieron su muerte, Sartre estudió la obra voluminosa y magistral de Salo Baron sobre

historia judía, y con Levy arribó a una nueva-antigua visión de la expectativa humana.

La imposición de la esperanza

Sartre, finalmente, interpreta el mesianismo —en la feliz formulación de Steven Schwarzschild— como revolución permanente. La comunidad humana no es un hecho, como él alguna vez soñara, ni una mentira, como más adelante temiera, sino una meta; lo que cuenta no es dónde alguna vez nos encontrábamos o nos encontramos, sino dónde algún día estaremos. La esperanza no se extrae de los sucesos, sino que siempre e inevitablemente se impone en la historia. Llega a pesar de, no a causa de la “realidad”. Es siempre esperanza en contra de la esperanza. La expectativa de la redención no es histórica en sí. El hombre debe cumplir con su deber. Será otro el que habrá de redimir al mundo. Sartre, el no-creyente más persuasivo de nuestro siglo, dice sin embargo: “En el humanismo llegué a odiar la evidente manera del hombre de admirarse a sí mismo”. Sartre encontró a la humanidad decididamente no admirable. Pero, al término de su vida, pensaba que no necesitamos ser admirables para sobrevivir.

La revolución marxista no es la meta; la insurrección violenta no es el medio. Para el Sartre último, la comunidad universal no es la meta y la obediencia paciente del deber no es el medio. En la más asombrosa formulación de su última entrevista dice: “La intención es trans-histórica. Con esto volvemos al hombre, la raíz del radicalismo”. “La inter-relación primaria es de hombre a hombre... que ahora debemos redescubrir”. Por supuesto, “la unidad de la empresa humana aún está por crearse”, sin embargo, prolépticamente, “lo mío es tuyo y lo tuyo es mío. Si yo necesito, tú me das, si tú necesitas, te daré yo. Este es el futuro de la moral”. Lo que sonaría ingenuo viniendo de un escritor menos complicado, aquí resuena desde las profundidades de la “segunda ingenuidad” de James como un re-descubrimiento depurado y consumado. En la formulación de Schwarzschild: el apocalipsis del terrorismo revolucionario debe ceder el campo a la posibilidad ética del mesianismo judío, si hemos de realizar la meta de un orden social humanitario.

Sartre: en cierto modo un “judío”

En las postrimerías de su vida, Sartre se convirtió en un cierto modo de “judío”. Ya durante la resistencia, entre 1940 y 1945, había arriesgado su vida contra el fascismo. En “*Les Temps Modernes*”, justo en el momento de la Guerra de los Seis Días, publicó lo que sigue siendo la colección más balanceada y útil de ensayos acerca de una paz árabe-judía, y declaró su solidaridad con Israel. Rechazó el premio Nobel de literatura, aduciendo razones de dominio público. Pero sí aceptó un título honorario

que le fuera otorgado por la Universidad Hebrea en 1976, recordándoles a los israelíes cuán profundamente participaba de sus sueños y manifestándoles que cuanto más se preocupaba por ellos tanto más se preocupaba por el pueblo palestino.

“Para comprender a los judíos desde adentro, tendría que ser yo judío”, le dijo Sartre a Benny Levy (quien de por sí es merecedor de una historia, una que podría titularse “Desde Mao a *Masorah*”), e intentó arduamente realizar esa meta. Estudiando la historia judía, como tantos pensadores antes que él, atrapó una visión de la esperanza mesiánica: supervivencia, obediencia y lealtad a la humanidad misma.

“El judío vive. Tiene un destino. La meta a que aspira todo judío es reunir a la humanidad... Es el fin que sólo el pueblo judío conoce... Es el comienzo de la existencia del hombre para su prójimo.”

En los últimos días y en las últimas palabras de Jean-Paul Sartre, “nuestro contemporáneo principal” (Mauriac), “un autor que pertenece al futuro” (Barthes), un “luchador en todos los campos de batalla de la inteligencia” (Audiberti), en aquellos últimos días y, singularmente, en su última entrevista, nos encontramos con un hermano y un maestro en Israel. Más que un hombre, Jean-Paul Sartre alcanzó una estatura y significancia que sólo pueden llamarse simbólicas.

“Bendito sea Adonai, Señor del espacio y del tiempo, que ha entregado algo de su sabiduría a los que somos mera carne y sangre.”

Traducción: Ruth Brandt